



Círculo Rojo

EL SOBRE MARRÓN
La historia de Artur Seguí
Volumen III

EL SOBRE MARRÓN

La historia de Artur Seguí

VOLUMEN III

Marta C. Auñon



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: Junio de 2026

Depósito legal: SE 1962-2026

ISBN: 979-13-7060-055-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Marta C. Auñón

Instagram @lahistoriadeartursegui

artursegui@andorra.ad

www.lahistoriadeartursegui.com

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de portada: Marta C. Auñón

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularrojo.com

info@editorialcircularrojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

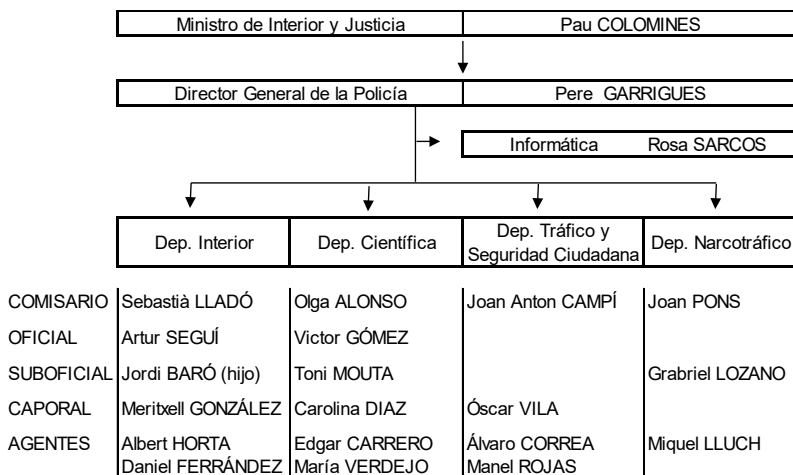
El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*La autora recomienda que las novelas
de esta saga sean leídas en orden.*

Terrible soledad.

Personajes:

esquema de la Policía de Andorra



Personajes por orden de aparición

MARIA FÁTIMA DE SOUSA	camarera de pisos en hotel
GUILLEM LLORENS	juez andorrano
SANTIAGO REVERT	juez andorrano
AMANDO ROBERTO PEREIRA	marido de Maria Fátima de Sousa
JAUME VERGÉS	ministro Asuntos Exteriores de Andorra (†)
ALICIA DO CARMEN MARTINS	camarera de pisos en hotel
SARA SENDRA MASSANES	adolescente andorrana
ESTHER MASSANES	madre de Sara Sendra Massanes
CLAUDIA ROMERA PIERA	repcionista en hotel
MONTSERRAT E INÉS	mujer e hija del comisario Lladó
MARTA CARDONA	administradora de fincas
ROBERT	marido de la caporal González
BERTA MONTES	repcionista en hotel
MARIA DAS DORES DO CABO	gobernanta en hotel
ANTONIO Y BEGOÑA	padres de Claudia Romera Piera
JORDI BARÓ (PADRE)	banquero
ADELINA Y GERMÁN	padres de Artur Seguí
MARIBEL ESTEBAN	vecina de Maria Fátima de Sousa
JULIA POZA CASTELO	dependienta en tienda de ropa
PAUL SOLIGNAC	bombero
ROSAURA CASTELO	madre de Julia Poza Castelo
ELIA SANTANA	periodista
VICENÇ RUIZ	alto cargo Mossos Esquadra zona Pirineos

ROMÁN POSADAS
BRUNO DELARUE
LUCENA

PAULA BRITO
CELIA SERRA

traficante
traficante
pareja sentimental de Manel
Rojas
residente pasiva en Andorra
empleada de la limpieza

27 de abril de 2009

Lunes

—Son las once y tres minutos. Sabes que no me gusta esperar.

—Lo siento, cariño, ha sido por las maletas.

—Está bien. Sube, me encargo yo.

Se apeó y metió el equipaje en el maletero que cerró de un fuerte golpe. Había llovido de forma ininterrumpida durante la mañana y nubes negras y densas seguían amenazantes en el cielo. Convenía moverse con rapidez.

Se fijó en que se había pintado las uñas de un bonito color rojizo, también olía al perfume que le había regalado.

—¿Has hecho lo que te dije?

—Me despedí del trabajo, cobré el cheque y he cancelado la cuenta bancaria. He dado de baja la luz y el teléfono móvil.

—¿Has dejado las llaves del piso en el buzón?

—Sí. Por cierto, ¿y el cambio de coche?

—El mío está en el mecánico. —Redujo a segunda, puso el intermitente y giró a la izquierda—. Me ha dado este de sustitución.

—¿No vamos a tu casa?

—Te comenté sobre varias sorpresas para ti. Esta es la primera. Tengo las llaves del chalé de unos amigos que apenas vienen a Andorra. Esta noche la pasaremos allí.

A ella le ardieron las mejillas como a una colegiala a la que roban su primer beso. El reloj del vehículo marcaba las 23:30 cuando tomaron el desvío hacia Ordino. Se adentraron en una

pequeña urbanización avanzada la Carretera General 3 y se detuvieron frente a una casa algo alejada del resto, con desconchones en los muros causados por la humedad y un pequeño jardín engullido por el abandono.

—Toma las llaves de la entrada, guardaré el coche en el garaje.

—¿Saco las maletas?

—Lo haré yo. Entra y enciende luces y calefacción. Sobre todo, no subas las persianas, se escaparía el calor y las noches aquí son frías hasta en agosto.

Se puso la chaqueta, tomó el bolso del suelo y salió a la oscuridad. La lluvia, que caía como una fina cortina, acrecentaba la sensación de gelidez.

En cuanto la vio traspasar la puerta, estacionó el vehículo y se reunieron en el interior. Subía las escaleras camino de la planta superior y la oía corretear alabando las maravillas de la vivienda. Veintitrés años y todavía era una criatura. Cuando se encontraron frente a frente se lanzó a sus brazos, la atrapó por poco. Tras un beso y mandarla a la cocina con una palmada en el trasero, se entretuvo en repasar el material que había dejado en la habitación de invitados. Las dos mochilas estaban cargadas y listas, y las cantimploras llenas. Los palos de montaña descansaban en el suelo al lado de las botas y sobre la cama había los equipamientos completos de ropa de montaña. Regresó abajo.

Comieron, charlaron, brindaron, y dieron paso a los arrumacos y las caricias.

—Recojamos todo y subamos al dormitorio —le susurró al oído.

Eran las dos de la madrugada cuando sonó el despertador del móvil. Tras vestirse las ropas de montaña, se encargó de las mochilas y de sacar el coche. A ella le pidió que controlara que las luces y la calefacción quedasen apagadas.

En primera, dejó que el vehículo se deslizara con suavidad. Encendió las luces de posición cuando se encontraban en la ca-

retera general. Al amparo de la oscuridad llegaron al lago de Engolasters. Salieron del coche y se ajustaron las cremalleras hasta la barbilla, se calaron las gorras y se cubrieron el cuello y parte del rostro con los pañuelos térmicos. Se había levantado un viento suave que acrecentaba la sensación de frío y arrancaba pequeñas gotas de agua a las nubes.

Con muecas resignadas, cargaron las mochilas a la espalda.

—Marca tú el paso. No fuerces, tenemos varias horas de marcha y no van a ser un paseo. Vigila piedras y raíces, ayúdate con los palos y ante la duda te paras y me dejas pasar —la aleccionó—. Controla que la respiración sea rítmica y acompasada, es más importante de lo que crees.

—¡Preparada!

Las fuertes pendientes les hacían jadear y sentían el corazón latir a ritmo frenético. De vez en cuando le permitía parar para recuperar el aliento, pero no más de unos minutos.

—Lo peor ha pasado —la animó tras varias horas de dura marcha—. Vamos al lago de la Pera. Caminaremos por senderos franqueados por vertientes rocosas, una andorrana y la otra española. Cada aleta de la nariz respirará aire de un país diferente.

Asintió y se llevó la cantimplora a la boca.

—¡Sorbos pequeños! —le dijo al ver que se ventilaba otro tercio del contenido.

Llegaron a la Torre dels Soldats sin fuerzas para vótores, se limitaron a alguna que otra palmada en la espalda. Al notar la garganta seca recurrió de nuevo a la cantimplora, pero apenas quedaba agua. Al percatarse, le tendió la suya.

—La necesitarás más que yo —negó cuando quiso devolvérsela.

Le concedió un par de minutos. Las tímidas primeras luces matinales se anunciaban en el horizonte cuando iniciaron el descenso del último tramo de la travesía, ahora en territorio español.

A los pocos pasos le acometió el primer vértigo, que la hizo trastabillar. Respiró hondo un par de veces. Se evidenciaba que ella no estaba acostumbrada a aquellas marchas. Siguió con su descenso lento e inseguro.

Las piernas le temblaban.

—No corras, te he dicho que no hay prisa —le sugirió desde detrás.

Surgieron un par de puntitos negros frente a sus ojos. Caminó otro par de metros. Le ardía el estómago. A pesar del sudor, tiritaba. La mochila se le antojaba ahora una losa sobre el pecho que le dificultaba respirar. El aire le olía rancio, como a muerte.

—No me encuentro bien.

Se retiró las correas de la mochila que dejó caer sobre las piedras. Su aspecto era inquietante. Tenía la faz cenicienta en contraste con la oscuridad. La ligera quemazón de estómago se tornó viva llama tan de improviso que la hizo doblarse por la mitad.

—Creo que algo me ha sentado mal.

Vino la primera arcada. No llegó a expulsar nada, si bien quedó de rodillas contra las piedras. Notó que le ayudaba a alzarse y le obligaba a caminar de regreso a la Torre dels Soldats.

—Tienes que conseguir volver arriba. No puedes quedarte aquí.

Le llegaba su voz como en un sueño.

En la cima le acometió otro espasmo, aunque tampoco aquella vez expulsó nada. El dolor en el vientre se extendió a la garganta como si hubiese regurgitado fuego. Oía el silbido del aire al pasar por su tráquea.

—Maldita sea, aquí no —le increpaba y tiraba de ella.

—Déjame y busca cobertura para...

Cayeron sobre el sendero y el golpe arrasó con el poco aire que entraba en sus pulmones. Lloraba y se retorció cuando le acometió la tercera arcada, pero ya le había puesto una bolsa de plástico en la boca. El ardor en el abdomen se tornó insufrible, sentía la

garganta en carne viva, el sudor se le helaba en la piel y los puntos negros que veía llenaban su horizonte.

Notó que intentaba incorporarla, pero volvieron a caer.

—Vamos —soltó entre dientes por el esfuerzo de alzarla.

Se apretaba las entrañas con fuerza cuando llegó una nueva arcada que, en la oscuridad, tiñó de negro el plástico blanco de la bolsa.

—Es... sangre. ¡Estoy vomitando sangre!

Los jadeos se convirtieron en estertores. Tosió un par de veces y saltaron esputos oscuros al interior del plástico. Otra arcada la sacudió como a una bandera colgada de su mástil durante un vendaval. Expulsó más sangre, se le tensaron los nervios del cuerpo hasta casi desgarrarse y se le pusieron los ojos en blanco.

Dejó escapar su último suspiro y se desplomó en sus brazos.

Llegada del sobre marrón

26 de mayo de 2009

Martes

—¿Cómo ha ido el turno? —preguntó el caporal Óscar Vila al agente Álvaro Correa.

Pasaban pocos minutos del nuevo día. Tras cumplir sus horas de servicio, los agentes en la central de Policía cedían el relevo a los que empezaban el turno y la jornada.

—Bastante tranquilo. Se reservan para la final del Barça y el Manchester —contestó Álvaro Correa que le dedicó una sonrisa cansada.

—Lo que a ti te revienta es lo del Barça, pedazo de merengue.

—¡Por cierto, Vila, feliz cumpleaños! —le mostró los dedos corazón bien estirados y desapareció en el ascensor.

Óscar Vila puso los ojos en blanco, aunque sonreía. Venía de patrullar aquella jornada junto al agente Manel Rojas, que seguía a su lado.

—Caporal, ha llegado esto para ti.

Una compañera le encasquetó un sobre marrón no más grande de media cuartilla y regresó a la recepción. Óscar lo volteó un par de veces antes de centrarse en la única indicación: «Central de Policía. Agente 1035». Lo abrió convencido de que sería una felicitación de los compañeros por su cuarenta aniversario. Tras darle una ojeada al interior, su sonrisa se convirtió en un signo de contrariedad. Miró a su alrededor, esperaba encontrarse a los compañeros escondidos tras alguna puerta riéndose de él.

—Rojas, ve a casa. Nos vemos mañana a las siete, nos toca turno partido.

En la tercera planta, donde estaban los despachos del Departamento de Tráfico y Seguridad Ciudadana, Óscar Vila se sentó frente al primer ordenador encendido, ahuecó el sobre y dejó caer el contenido sobre la mesa. Introdujo el disco compacto en el reproductor y se centró en el papel que lo acompañaba. Era la fotocopia de un mapa cartográfico de una zona de Andorra marcada con un pequeño círculo rojo en el centro. Si se trataba de una sorpresa, desde luego era elaborada.

Especulaba con las opciones en función de la imaginación de sus compañeros cuando devolvió la atención a la pantalla del ordenador, que le ofrecía una lista de posibilidades. Escogió una carpeta que contenía cinco fotografías etiquetadas como: A0120090428, A0220090428, A0320090428, A0420090428 y A0520090428. Seleccionó la primera. La imagen mostraba un paisaje yermo, abrupto y rocoso. Con extrema lentitud abrió la segunda fotografía. La misma sima, diferente perspectiva. Las manos le sudaban ante la tercera. Con la cuarta el estómago le dio un vuelco. No quiso abrir la A0520090428.

Una vez la compañera de recepción le confirmó que el sobre no provenía de ningún agente, se lanzó sobre el teléfono. Marcó el número del domicilio del comisario Joan Anton Campí, que respondió con voz grave y autoritaria, además de somnolienta e incómoda por lo inoportuno de la hora.

—Discúlpame por saltarme los protocolos, pero es necesario. ¿Recuerdas que los de Interior hablaron sobre un caso Jack hará un tiempo?

—Algo recuerdo de eso. —El comisario ya no sonaba tan molesto.

—Si fue cierto y el caso existió, Jack ha vuelto a actuar.

—Si se trata de una broma, Vila, te aseguro que vas a perder algo más que la placa.

—Si se trata de una broma, comisario, yo mismo me tragaré mi placa.

Joan Anton conocía a todos y cada uno de los agentes de su departamento y, a diferencia de Manel Rojas, no eran unos maquineros pendencieros con uniforme.

—¿Dónde estás?

—En la central.

—Dame una hora y nos vemos en mi despacho.

—Sí, señor.

—Sebastià, soy Joan Anton —fue la llamada de Campí cuando todavía luchaba por vestirse—. ¿Estás en casa o sigues por la central?

—Es la una de la madrugada, estoy en casa. ¿Ha pasado algo?

—Ha pasado.

Ni una hora después el caporal Vila era convocado en el despacho del comisario Campí al que también se había desplazado el comisario del Departamento de Interior, Sebastià Lladó, alertado del siniestro hallazgo.

—Pensé que se trataba de una felicitación de los compañeros —se defendió el caporal—, hasta que vi las imágenes que contiene el CD y que... Será mejor que las veáis vosotros mismos.

El agente dejó el sobre marrón encima de la mesa. Ninguno de los comisarios se precipitó en revisar su contenido. El caporal, intimidado por los fríos ojos azules de Lladó y su voluntad férrea, se mantenía firme en el centro de la sala.

—¿Cuántas personas han tenido acceso a este sobre?

—Desde que ha llegado a mis manos solo yo, antes de eso lo desconozco. El sobre estaba hermético, solo yo he contaminado su contenido.

—¿Qué sabes sobre el caso Jack?

—Conozco lo poco que se compartía por los pasillos. Sebastià, si lo que se dijo es cierto, ese tipo ha vuelto a actuar.

El caso Jack era uno de los peores y más extraños con los que se había topado la policía andorrana, un expediente además sin resolver. Más que una espina clavada en algún punto indefinido del cuerpo de Policía, se trataba de un arpón incrustado hasta el corazón. Por su gravedad nunca fue de dominio público, ni siquiera dentro de los muros de aquel edificio. Opacidad necesaria en su momento y ahora clave para su resolución.

Sebastià se encargó de los preliminares. Sacó su paquete de tabaco. Único fumador, no ofreció. Parco en palabras y manifestaciones afectadas, se expresó con un tono grave, monótono y desapegado consciente de que aquel día marcaría un antes y después en sus subordinados, y en cuantos se relacionaran con aquel expediente.

—Es muy poco lo que se dijo sobre el caso Jack porque es muy poco lo que sabemos. Y, si no fuese porque tú has recibido ese sobre, jamás tendríais conocimiento lo que voy a explicar. ¿El nombre de Maria Fátima de Sousa os dice algo? —Campí y Vila negaron con la cabeza—. En ese caso, vamos a reabrir las puertas del infierno.

Tras los pasos de Lladó, el caporal Vila ascendió a la planta superior donde, hermética como un búnker, se encontraba una sala protegida por un lector de códigos en el que el comisario marcó cinco cifras antes de poner el índice sobre un diminuto escáner. Con un fino chasquido, el led rojo cambió a verde y el acceso al Archivo quedó libre.

Sebastià se movió con paso decidido entre las filas de estanterías hasta quedar frente a tres cajas de cartón blanco algo apartadas del resto. A pesar de que en el lomo se leía el año, Vila se fijó en que sobre ellas no se había acumulado una sola mota de polvo. Regresaron al despacho donde Sebastià depositó la caja que trasladaba sobre la mesa de reuniones y ayudó a Vila a dejar las otras dos en el suelo.

Rebuscó hasta localizar una gruesa carpeta de plástico verde rotulada «Documentación gráfica» de la que extrajo una única fotografía que les mostró.

—¡Santo Dios!

—Así es, Vila. Ahora medita por qué has recibido tú ese sobre marrón. Puede ser la clave de este endemoniado expediente del que ahora formas parte —le sugirió el comisario.

Sebastià arrancó con aquel caso que les fue sobrecogiendo. Al finalizar, sintieron pesado y fúnebre el aire que les envolvía, roto tan solo por el sonido de la lumbré al quemar papel y tabaco.

—Óscar —le llamó con una preocupación diferente en la voz y esperó a que despegara la mirada de la fotografía que de nuevo sostenía en las manos—. Recuerda que el caso está bajo secreto de sumario. Entiendo también que llevas aquí demasiadas horas seguidas, aun así, no puedo permitirme el lujo de dejar que te marches a descansar. No con esto en las manos —señaló el sobre marrón y las cajas de cartón blanco—. Otra cosa, convendría que tu mujer evitara salir sola de vuestro domicilio. De hecho, estaría bien que se tomara unos días libres.

—Echaré un vistazo por casa, organizaré las cosas y enseguida me tendrás aquí. —Salió con paso acelerado.

El día amanecía, el café estaba frío y varias colillas aplastadas en el cenicero delataban una noche tensa. Ambos comisarios se sumieron en un silencio incómodo, no únicamente por la desoladora convicción de que aquello era solo el principio. Hubo algo más. Debido a la excepcionalidad del expediente, Campí obvió el hecho de que Sebastià impartiera órdenes a un subordinado suyo estando él presente.

—Joan Anton —Sebastià se mostró ajeno al malestar del comisario—, habría que desplazar a un par de agentes para que velen por la seguridad de la familia de Óscar.

Antes de que le respondiera, alguien golpeó la puerta y accedió.

—Disculpad —dijo el oficial Artur Seguí—, me han dicho que lleváis aquí desde anoche.

Una ojeada a su alrededor le bastó, suficiente conocía el contenido de aquellas cajas de cartón blanco. Observó a Lla-

dó, que hizo un simple y milimétrico signo de asentimiento. Confirmados sus peores temores, no supo si desinflarse o respirar hondo.

—¿Temes por su seguridad, Sebastià? —preguntó Campí.

—Tengo a un tipo que has visto qué hace con las mujeres y a un agente de policía que ha recibido imágenes de la que lo más seguro sea la cuarta víctima; un agente casado, no lo olvides. No sé lo que pasa por la mente de nuestro asesino, pero más vale prevenir que tener que lamentar.

—Mandaré a Álvaro Correa. Lleva lustros vistiendo el uniforme, tiene callos hasta en la placa. Además, él y Óscar Vila hace tiempo que se conocen y les une una fuerte amistad, hará de esto algo más liviano para su familia.

—¿Tienes a alguien más?

—El agente Manel Rojas dará soporte a Álvaro Correa, es algo impulsivo, pero se amolda rápido a las situaciones complicadas y las hace... soportables.

También era uno de los mejores tiradores del cuerpo, algo de lo que se jactaba día sí y día también. Y, aunque él no lo supiera y debido a sus buenas aptitudes, tanto Artur como Sebastià llevaban un tiempo estudiándole con intenciones de solicitar su traslado al Departamento de Interior.

Sebastià dio su conformidad. A su lado, Artur les observaba consciente de que su superior le pondría al corriente en cuanto salieran de allí.

—¿Quieres que me ocupe del traslado de las cajas a tu despacho? —ofreció Joan Anton.

—Nos reuniremos aquí si no te importa. Ese mapa que tienes en la pared nos vendrá de perlas para ubicar cada cuerpo del período anterior más los que puedan estar por venir. Me pondré en contacto con la doctora Alonso y con Guillem Llorens, que fue el juez que cubrió los tres cadáveres de 2006, y organizaré la excursión a la Torre dels Soldats.

Salió seguido de Artur. A su espalda les llegó la potente voz de Joan Anton al teléfono, solicitaba que localizaran al agente Álvaro Correa.

—¿No va a ser Revert el juez que instruya el caso?

—¿Prefieres que sea él? —Sebastià le miró de soslayo, Artur ni se molestó en responder—. Santiago está ocupado en asuntos de otra índole ahora mismo.

—¿Ha encontrado otro desgraciado a quien complicarle la vida?

—La presidencia de la Batllia renueva cargo en cuestión de días.

Artur supo de inmediato quién iba a ser uno de los postulantes. Le preocupó el poder casi ilimitado que adquiriría Revert si ascendía a aquel puesto.

—¿Cuánto dura el mandato?

—¿Crees que Santiago soltará el cargo una vez lo tenga en las manos? ¿O que alguien se lo disputará?

Artur iba a tener que extremar las precauciones. Guillem Llorens cubriría el caso Jack, pero si Santiago se hacía con la presidencia de la Batllia tendría acceso a todo. A todo. Lo que elevaría su control a niveles asfixiantes.

Artur necesitó coger aire.

Manel Rojas, que no llevaba ni dos años en el cuerpo de Policía, nunca había sido llamado al despacho de un cargo superior. Le temblaron un poco las piernas cuando le dijeron que debía presentarse en el del mismísimo comisario Campí.

Volvió a preguntar por Óscar Vila, que con seguridad podría explicarle qué se barruntaba por las alturas. Le respondieron que el caporal se había marchado hacía pocos minutos después de pasar la noche allí. Rojas perdió el aplomo.

Dio cuatro estirones a su uniforme y arregló con un par de manotazos una gorra que tenía la manía de estrujar. También repasó en milésimas de segundo lo que había hecho y dicho en las últimas semanas antes de llamar y entrar.

—¿Has venido de casa vestido de uniforme?

—Sí, comisario.

—Mudarás el uniforme por ropa de calle y harás la maleta para varios días. ¿Tienes vehículo propio? Estupendo. Irás a esta dirección. —Le mostró un papel—. ¿La has memorizado? Allí recogerás a Álvaro Correa y obedecerás sus órdenes. Conozco tu boca, Manel, así que te advierto que, si hablas de esta misión con cualquier otra persona, te pasarás patrullando el Pas de la Casa tantas noches que suplicarás para que te destinen a Siberia en traje de baño.

Sonó el teléfono. Campí le despidió y tomó el auricular.

Rojas dio media vuelta y salió con paso rápido. A su espalda oyó el principio de la conversación que su superior mantenía por teléfono.

—Correa, pasará a recogerte por casa el...

Bajo el domicilio de Álvaro, con medio coche subido a la acera y los cuatro intermitentes marcando posición, Manel estacionó su magnífico SEAT León amarillo, de llantas impecables, cristales opacos y algún que otro retoque en el motor. Al poco notó que le abrían el maletero, metían algo pesado dentro y lo cerraban de un portazo que hizo temblar el coche. Acto seguido se abrió la puerta del copiloto.

—Canillo —fue lo primero y lo único que le dijo el compañero.

Manel puso primera y acató el secretismo.

—¿Quién es? —preguntaron por el interfono.

—Óscar, soy Álvaro.

Sonó un largo timbrazo, el agente abrió la puerta de la portería de un empuellón. En la tercera planta, Vila les animó a entrar.

Álvaro conocía bien el domicilio y fue directo al salón, Manel le seguía los pasos. Se cruzaron con la señora Vila por el pasillo, venía de recoger la mesa tras el desayuno. Correa le dio un abrazo y Rojas la saludó con un «Buenos días, señora».

Los hijos del caporal, en cuanto reconocieron a Álvaro, se le colgaron uno de cada pernera hasta que les alborotó el pelo y les hizo unas cosquillas. A Vila le dio un apretón de manos que acompañó de una palmada en la espalda.

—¡Vaya cumpleaños te han dado!

—Sí. —Óscar sonrió—. Otro como este y te aseguro que no paso de los cuarenta y cinco.

—Vete tranquilo, nosotros nos ocupamos de tu familia.

—Lladó os ha dicho...

—Es Campí quien me ha llamado —cortó Álvaro, el agente Rojas no debía saber más de la cuenta. La esposa de Vila, tampoco—. Me ha dado cuatro pinceladas generales de lo que debemos hacer.

La señora Vila se asomó a la puerta del comedor. Óscar la miró, después se volvió hacia Correa y le tendió la mano. Fue un apretón vigoroso lleno de palabras cazadas en su interior: «En tus manos pongo lo que más quiero en esta tierra». También se volvió hacia Rojas y le estrechó la mano. Por primera vez Manel fue consciente de la palabra compañerismo en el cuerpo de Policía y del peso de la responsabilidad de la placa que llevaba presa en el cinturón del pantalón.

Vila se fundió en un abrazo con su mujer en el que hubo espacio para los hijos, que reían al creer que se trataba de un juego en familia. Se soltó, Lladó le esperaba. Un beso y las puertas del ascensor se cerraron.
